

JOSÉ LUIS DEL BARCO

Dra. Fernanda Valenzuela
Esp. Clínica y Cirugía Pediátrica
M.P. 93669

LA VIDA FRAGIL



EDICIONES DE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA ARGENTINA

CAPÍTULO 5

LA DIGNIDAD HUMANA

Es difícil explicar qué es la dignidad humana. La lucha por encontrar las palabras adecuadas para expresar bien las cosas, esa lid de calma e ingenio por amor a la verdad, está con mucha frecuencia abocada a la derrota, sobre todo cuando intenta manifestar lo inefable. La alabanza a los poetas es el elogio a unos hombres que a todo saben dar voz. Pero hasta el César del verso se encuentra en dificultades para apresar en palabras fenómenos esenciales, sublimes, originarios. Ante ellos se experimenta la impotencia del lenguaje, que obliga a cambiar de método, como el púgil de estrategia ante un rival correoso, para acosarlos sin tregua por uno y por otro flanco. Yo he comprobado a menudo la penuria del lenguaje para nombrar lo inefable, su indigencia de recursos como los mares de azul en las tardes otoñales, y he cambiado de táctica para estar a una distancia que me permitiera ver sus facciones custodiadas y relatarlas después. Con la dignidad humana es necesario acudir a ardidés innumerables para entrar en su recinto de pasmo y curiosidad donde retumba lo humano. Sean todos bienvenidos si ayudan a descubrir su rostro desfigurado por los golpes del escarnio.

2

Uno puede aventurarse con mil conceptos al hombro por el vial de la abstracción. Es un camino seguido por legiones de filósofos a lo

largo de la historia. Está erizado de obstáculo como una rosa de espinas, pero rinde dulces frutos de árbol puesto en buena tierra. Seguramente el más sávido sea la espesura de ser (*Seinsmächtigkeit*, dice Spaemann), la densidad ontológica de las realidades dignas. Un ser digno manifiesta, como el temblor de la voz un sentimiento escondido, una anchura peculiar. La fórmula consagrada que se emplea para expresarla suele ser “fin en sí mismo”, que significa otorgar a los seres personales un valor de desmesura que impide considerarlos simplemente como medios. Su mayor inconveniente de este modo de acceder a la dignidad humana es que se halla reservado a quienes saben usar la herramienta conceptual, y no lo pueden seguir la mayoría de los hombres. La objeción no es despreciable, sino adecuada y certera, pues pone de manifiesto que la dignidad humana, ese valor no venal de los seres personales, no puede ser un enigma accesible solamente a instruidas minorías.

Para evitar el obstáculo, uno puede recorrer la vía fenomenológica. Quien la sigue no pretende demostrar la dignidad ni encontrar su fundamento, sino tan sólo *mostrarla*. Quiere lograr que “se vea” usando recursos plásticos. Como un pintor de entresijos que expresara lo invisible es preciso proceder para sacarla a la luz y que la vea todo el mundo. Una mirada morosa como la delectación a los órganos del hombre, a sus obras increíbles, a su avidez de verdad, a su ambición de belleza, a su regia libertad, revela que el hombre tiene una excelencia de ser superior a la del resto de seres sobre la tierra. “Pintada” con la destreza de un pincel para trazar los matices de la luz, “se ve” al hombre como axioma con un valor en sí mismo que no se tasa en dinero. Ese ser así es un quién, un espíritu en el mundo, con ese valor sin par que se llama dignidad. La dificultad que entraña definir lo indefinible, esas cualidades simples reacias a los conceptos, se ha tratado de aliviar recurriendo a la intuición. Los mil ejemplos de cosas a las que llamamos dignas nos pueden proporcionar una tenue analogía de la dignidad humana. Llamamos digno al león imponente en la pradera, a la encina de alma parda desafiando la intemperie, al héroe muerto en combate tras valerosa batalla, al

comportamiento recto de los hombres como líneas, al rey de pies a cabeza. Estos ejemplos coinciden en poner de manifiesto una rara independencia. No traslucen coacción, ni de dentro ni de fuera, sino una soberanía de campeón en el podio reservada a aquellos seres que reposan en sí mismos. La dignidad es la luz que despiende lo magnánimo.

El arte ha contribuido con su mar de claridad para iluminar abismos a la empresa de ofrecer una figura tangible de la dignidad humana en situaciones de escarnio y objetiva indignidad. Un crucificado agónico manando arroyos de sangre a la vista de la gente ha sido siempre el emblema de la burla y el oprobio. En esta imagen aciaga se volcó el arte cristiano para hacer que resaltara la más pura dignidad envuelta en ropaje vil. Gracias a la obra de genios repartidos por la historia nuestros ojos saben ver en un vil crucificado un ser al que hay que adorar.

3

La senda de la moral, ese camino de altura que siguen los hombres libres, se ha recorrido también para acceder al espacio donde está la dignidad, y con la idea de captar desde un ángulo diferente rasgos que no se perciben mirándola desde otros. Visto con éticos ojos, con ojos de catacumba con que la mirada irrumpe en las honduras del alma, el hombre ofrece una imagen desconocida hasta ahora. Ser moral no es un poder al alcance de cualquiera, sino un don de manos limpias concedido sólo al hombre por tener capacidad de autorelativizarse. El animal es esclavo de las leyes de su especie y sigue como un muñeco las órdenes del deseo sin ofrecer resistencia. Es sólo un ser natural. En cambio el hombre es capaz de soslayar el acoso de la íntima esclavitud a que quiere reducirlo el río de sus pasiones y el mar de sus intereses, y verlos con la frialdad con que ve los de los otros, con una imparcialidad de jueces insobornables. No está encerrado en sí mismo ni su campo visual llega justo hasta la linde donde la del otro

empieza. El hombre es un ser excéntrico capaz de salir de sí, sentir el dolor extraño, verse con ojos ajenos. Al objetivar su ser, relativizando el peso de los propios intereses, se ensancha como las velas hinchadas por viento fresco: se cambia en un ser moral imagen de lo absoluto. Esa mudanza de entrañas, más profunda que los cambios descritos en las historias que cuentan metamorfosis, por la que alguien natural se abre al horizonte inmenso de la moral y la ética convirtiéndose en un ser que semeja lo absoluto, otorga al hombre ese porte que se llama dignidad.

Ni aún así hemos descifrado el enigma de escondite con el acceso sellado, insondable desde fuera como un mutismo de labios, de la dignidad humana. Para hacerlo hay que ingresar en la órbita religiosa. Cuando la vida del hombre se contempla sin prejuicios como un vuelo a lo absoluto, o existencia religiosa con vocación de infinito, se ve que es algo sagrado que merece más respeto que cualquier cosa en el mundo. Prejuicios metodológicos de una ciencia que propende a tratarlo todo igual y a abstenerse de juzgar las cosas por su valor, algo así como igualar las Suites para violoncelo de Johann Sebastian Bach con redobles de tambor arguyendo que la música se compone en ambos casos de sonidos y silencios, pueden estimar impropio del neutralismo científico una visión religiosa de la incógnita del hombre. Lo mejor en una época de mayoría de edad, se dice con suficiencia, es relegarla al olvido. Sin duda se puede obviar con un desdén de alharaca que oculta debilidad y no es preciso tener ni ingenio ni perspicacia para ver que en nuestros días se hace así muy a menudo. Pero se cree erróneamente que es posible rebajar la dimensión religiosa y que todo siga igual. Eso es del todo imposible. Cuando se deja de ver religiosamente el mundo, el hombre y la realidad, se produce una gran pérdida. Perdemos miles de cosas que no querríamos perder. Una de las más valiosas es esa preciosidad que la vida humana tiene, ese valor en sí mismo no susceptible de canje por todo el oro del mundo que se llama dignidad. Sin la visión religiosa la dignidad sería humo, no un atributo sagrado totalmente inviolable. *Der Begriff 'Würde' meint etwas Sakrales:*

Er ist ein im Grunde religiös-metaphysische (El concepto 'dignidad' significa algo sagrado: es, en el fondo, un concepto religioso metafísico). Ya previno Dostoevski de que si no existe Dios está permitido todo, y Max Horkheimer y Adorno, dos filósofos que hablaban a jóvenes alemanes oyendo el rumor del Main, advierten con perspicacia que contra el asesinato sólo existe un argumento de veras definitivo: el argumento religioso.

4

Seguramente bastara recorrer hasta el final cualquiera de estos caminos, o mejor uno tras otro como viajero incansable con sed de sendas y rumbos, para toparse de frente con la dignidad humana. Si no estuviera en peligro, bastaría con conocerla y descubrir que es la huella de la mano del Creador. Pero hoy, que está amenazada por incontables peligros como nunca lo había estado, y unas veces se arrincona como lacra del pasado y otras se niega sin más, hace falta algo distinto: una teoría práctica que dé la cara por ella y quiera cambiar las cosas. Hay que cambiar la opinión de que no es universal, sino un raro privilegio de ese puñado de hombres con conciencia del propio yo y racionalidad madura. Hay que cambiar la opinión de que no todos la tienen, sino solamente el grupo de agradados por la suerte que da fe de que posee racionalidad madura. Quien no posea esas dos cosas, no es una persona humana, que es el único ser digno y el único titular de los derechos humanos, sino solamente un hombre, o sea, un ejemplar corriente de una especie biológica lo mismo que las demás sin valor ni dignidad. Hay que cambiar la opinión, muy en boga en nuestros tiempos de saldo, devaluación y rebaja de lo humano, de que la vida es indigna o chatarra biológica cuando no puede gozar ni es capaz de producir. Miles de personas dignas tristemente mutiladas serían desfiles de sombras caminos del pudridero, a las que habría que aliviar su inane errancia sin honra durante un tiempo en la historia de manera terminante

(¿Con el arma de Kevorkian). Hay que cambiar la opinión de que grupos de personas pueden erigirse en jueces con poder y competencia para decidir sin límite quién es y quién no es persona. ¡Tanto y tanto hay que cambiar hasta que se cante a coro la melodía del dolor a los hombres mutilados!: “¿Nada procura alivio a tu tortura? / ¿Indiferente es todo a tu flagelo? / ¿Nadie de luz sabrá inundar tu duelo? / ¿De tu alma no hay quien cure la fractura?

5

Seguramente el gran cambio para notar claramente, como realce de un cuadro que destaca del conjunto por vivos toques de luz, qué es la dignidad humana consista en juzgar al hombre como ser sin parangón con la existencia animal y la realidad del mundo. Descuella como una nave, con el velamen tendido y la sabia exuberancia de obenques, drizas y cabos; con el versado gobierno de un piloto experto en vientos, entre las cosas del mar por singlar con un destino. Y el símil se queda corto, pues careciendo de vida, la nave a que otorga vida la vida del capitán, carece de libertad. Su vida y su libertad son meramente prestadas, como la luz de la luna. Aunque suene paradójico, el hombre parece ser alguien extraño en el mundo. Salvo si se ve en los otros, en cuyo mirar de asombro descubre una llama ardiendo inerte como la suya, o en la imagen del Creador, ningún parentesco encuentra con las cosas y animales moradores de la tierra. Es dudoso que ésta sea su definitiva patria. El sentimiento de apátrida que tantas veces le embarga, o el dolor de no tener más patria que la que aclaman los himnos y las banderas, procede del desarraigo y la emoción de orfandad que le hiere en el costado al no hallar en todo el mundo nada semejante a él. Extranjero, ajeno, extraño —y hasta extravagante y raro cuando le da por pensar en su ser poco corriente— es el hombre en este mundo. Sorpresa extraña es su vida, ese destello de lumbre, en la inconsciencia del orbe. Mientras el cosmos da vueltas en silencio e impassible, él canta, medita y sufre. Para colmo de

extrañeza, sufre delirios estéticos que le llevan a buscar sin sosiego la belleza.

Y siente la soledad. Los poetas aseguran que los ocasos despiden vaharadas de nostalgia que hacen enloquecer. No estoy seguro de ello. Pero sí creo que nos hacen sentirnos tristes y solos rodeados del paisaje si no podemos oír palabras de un semejante. La soledad duele mucho. Pero solamente al hombre. Los ríos, los montes, el mar, el sol, la luna, los árboles no tienen hueco por dentro donde se pueda alojar, y el pecho del animal, si está bien abastecido y no carece de nada para la supervivencia, no se hace trizas de pena buscando una mano amiga. En cambio, al hombre sin hombre —y aún más al hombre sin Dios—, le hiere la acometida seca de la soledad. Al romper contra las rocas, duras moles silenciosas, el embate de las olas se rompe en salpicaduras. Si la soledad ocupa como un invasor el alma, es ésta la que se astilla. Con mucha razón se dice que la soledad humana es la suprema tragedia, como mirada fatídica que convirtiera en desierto los verdes prados que observa. La poesía profunda ha tratado desde siempre de descifrar su misterio a golpes de rima y verso, esa luz que desentraña, y desgarrados filósofos de pensamientos sangrantes como heridas en la carne han percibido el terror de estar solos en el orbe. Pascal ha dejado escritas páginas como temblores para expresar la emoción de sentirse en el espacio inmenso del universo donde germina la noche como una voz no escuchada, como ojos que nadie mira, como sed sin gozo de agua. Y Kierkegaard se pregunta, acaso mientras contara una a una las nubes nórdicas, por sí mismo y por el mundo: “Uno hunde los dedos en la tierra para llegar al país en que se encuentra. Uno hunde los dedos en la existencia y no huele nada. ¿Dónde estoy? ¿Qué significa mundo? ¿Qué significa esta palabra? ¿Quién me ha traído a él y me ha dejado en él? ¿Quién soy yo?”.

Desarraigo, soledad, temblor, duda, expectación y una fantasía excesiva para sementar el mundo de estética irrealidad componen la comitiva de la extrañeza del hombre. Si el universo sintiera, se quedaría boquiabierto —el galope de los vientos súbitamente para-

do y el índico mar perplejo— de albergar en su inconsciencia y en su distante frialdad ascuas relampagueantes de pensamiento y pasión. Se mire como se mire el hombre es una rareza. Es un asombro en el mundo. El ser extraño en la tierra. Da igual qué rasgo observemos.

6

Tomemos la libertad. No hay nada en el universo con incorpóreas alas como don de agilidad para burlar la monótona corriente de lo fatal. Las cosas son como son, suceden como suceden, proclama el determinista, y todo parece aliarse para darle la razón. El arroyuelo discurre cuesta abajo hacia la mar. Los vientos rachean siguiendo la legislación fatal de altas y bajas presiones. Los evónimos se enredan, secundando la consigna de entrelazar el ramaje, para formar varasetos como vegetales rejas. Y en los espacios celestes la traslación de los astros obedece a leyes fijas. Todo parece seguir normas predeterminadas. Hasta que un día un ser reclama ese alígero esplendor que se llama libertad para vivir con un ritmo ni impuesto ni prefijado. Desde ese momento el mundo deja de ser un autómatas regido por la mecánica y se convierte en lugar donde la sorpresa cabe. La libertad pone fin a la universal rutina del funcionar de este mundo. Decir del hombre que es libre significa confesar que no cuadra con las cosas ni con la vida animal. El animal deambula, sin poder salirse de él, por el constreñido marco de las leyes de la especie, y las cosas se someten como voluntades muertas a las leyes naturales. Pero el hombre no es así. El hombre no tiene marco, ni acotamiento, ni techo; su vida no peregrina, como la sumisa estrella, siempre por la misma órbita; para surcar la existencia precisa las leyes libres que le descubre la ética; no vuela como las aves vuelos predeterminados por el sofocante instinto, sino como el avión, esa evasión entre nubes de rumbo y destino libres. Ser libre no significa carecer de constricciones, sino saber gestionarlas para actuar con sol-

tura pese a la severidad de las leyes naturales, la psicología, el carácter, los apuros económicos, la apretura de las penas, el rancajo del dolor y demás abrazaderas para ceñir el espíritu y su nostalgia de estrellas. Ser libre se asemeja a pilotar una nave en medio de temporales. No es fácil que la barquilla imponga su voluntad de seguir singlando libre cuando la mar la aprisiona con vientos desfavorables y ataduras de oleaje, salvo que un patrón resuelto a no dejarse amarrar por tormentas y huracanes ordene marinear con maniobras apropiadas —como ponerse a la trinca para, sin arriar las velas, seguir lentamente el rumbo— y haga valer su albedrío frente al rigor del océano. La libertad es un rasgo totalmente extramundano. ¿Qué en el mundo si no el hombre es un ser imprevisible como hontanar de sorpresas o las sendas de la luz? ¿Qué en el mundo si no el hombre rompe con su autonomía, privilegio de arco iris para mantenerse en pie sin apoyo en ningún sitio, la letanía regular del animal y las cosas? ¿Qué en el mundo si no el hombre muere por la libertad? Sépalo o no lo sepa, quien reclama libertad para sí o para los otros, o lucha porque los pueblos vivan la lucha política de una forma democrática, o prefiera a ningún otro el imperio de la ley que haga que sean realidad los derechos ciudadanos, cree que el hombre es algo aparte. Viene a decir, más o menos, que por un lado está él y por otro lado el mundo.

7

Tomemos ahora el pensar. También en esto disuenan el son del mundo y del hombre. Aunque comparta con todo la tenue fragilidad de una pompa de cristal, y pueda decirse que es una brizna, un error, una brevedad, un junco, se diferencia de todo porque tiene pensamiento. Un débil junco que piensa. Leve mimbre que medita. Y pensar no es cualquier cosa, sino, de nuevo, un prodigio que hace de él un caso aparte. Sin el hombre el universo sería un perpetuo desmayo, una infinita inconsciencia. De nada se enteraría, y el esplendor de las cosas con sus formas y colores —la flor del

jacarandá, la añil extensión del mar, el ausente violín— se posaría sobre él sin que su faz se alterara, como el cristal del rocío sobre el sueño de una flor. ¡Qué desgracia sepulcral un universo dormido! ¡Qué infeliz adversidad de condena a la tiniebla un orbe sin pensamiento! ¡Qué mutismo de erial un cosmos sin la palabra porteadora de la idea con que iluminar las cosas! Pensemos por un momento que se extinguiera de golpe la inteligencia en la tierra. Una fría capa gris de desierto e indiferencia lo recubriría todo, y el mundo sería un girar desposeído de asombro, un canto en busca de voz, un cuadro que nadie contempla. El interior geométrico de un casto copo de nieve, blancura cristalizada en proporcionadas formas, como concierto de ángulos de una fría geodesia, quedaría oculto por siempre para desgracia del mundo. La sinfonía de los números, esas esencias sin cuerpo del orden y la medida extinguidoras del caos, quedaría silenciada si una mente matemática no interpretara admirada las ráfagas de su música. La verdad de cada cosa quedaría sin revelar, como luz amordazada. No sería fuente la mar de melancólicas rimas y la belleza escondida se quedaría por cantar. El pensamiento es un bien que se añade al universo para que pueda salir de su arrecido silencio. Pero su dueño es el hombre. Poseedor de pensamiento sobre la faz de la tierra, exclusivamente él. Lo demás está apagado, y solamente se enciende, saca lo arcano a la luz o revela la verdad, con destellos de su lumbre. No es posible eliminar la impresión de discrepancia que hay entre el hombre y el mundo. Éste es grandor inconciente; aquél, cavilosa pequeñez.

Ver qué es el pensamiento ayuda a entender mejor la extravagancia del hombre, lunático sin remedio tocado por el delirio de la manía de pensar, en el mundo irreflexivo del animal y las cosas. Qué significa pensar es una pregunta hiriente, como migajas de vidrio mortificando la piel, que a menudo quita el sueño. Heidegger es de los últimos en haberla planteado. Es también el emisario de este certero mensaje: lo más grave de lo grave en este tiempo gravísimo es no atreverse a pensar. La renuncia al pensamiento, más que grave, es una pena. Con ella el mundo se hunde en espantosa miseria. Qué sig-

nifica pensar. Esta rara maravilla: aprehender constantes, apresar lo permanente, capturar lo invariable.

Cuando se admira una flor, quedamos embelesados por la exacta perfección con que obsequia a los sentidos. En el tiesto, en el jardín o solitaria en el campo es discreta plenitud. Perfección de lo fugaz, redención de lo finito. Completa, oferente, pura. Ante su erguida presencia los sentidos se enajenan convirtiéndose en esponjas dementes y escacharradas para empaparse de un sueño: el sueño de la belleza. El apogeo de una flor pone a los cinco sentidos como orantes de rodillas en fiel actitud de escucha. Los ojos miran el cáliz, el vaso en que la corola hace flamear los pétalos como grímpolas cromáticas de la nave de los campos, con codicia de color engarzado en armonía. La nariz huele el perfume que en oleadas de aroma va infiltrándose en el aire como llovizna de esencias. La mano abarca un milagro que a veces le ofrece espinas y otras veces terciopelo. Y si la lengua tuviera la sed de miel del insecto, podría libar el néctar, como elíseos dioses griegos, que hay en el fondo del cáliz. Cada flor brinda, además, a los sentidos cautivos sensaciones diferentes. El amaranto convida al extravío del amor con su incitar carmesí. El noctívago azahar, que tranquiliza las noches con néveas vaharadas, estimula a una pureza de palomas perfumadas. El rosmarino trastorna el juicio de los sentidos con sus delirios azules sahumando los romerales. Y la anémona violada, venenosa flor del viento, trae a la memoria la muerte. Por la vía de los sentidos percibimos la riqueza abigarrada del mundo. El derroche de las cosas, con su demasía de formas, penetra por los sentidos como lujoso espectáculo de variedad y abundancia. Tan rico abigarramiento abrumba, marea, emborracha, y no es raro que en la fiesta de experiencias e impresiones la sensación ambicione ser todo el conocimiento. “No poseemos más que nuestras propias sensaciones”, dice Fernando Pessoa. ¡Poco, ay, tendríamos, poeta, si tuviéramos tan solo las reliquias volanderas, de condición variable y efímera duración, del exterior de las cosas!

Además de sensaciones tenemos ideas, conceptos, nociones y pensamientos con los cuales aprehendemos lo constante y permanente.

La flor para los sentidos es un venero plural de aromas, formas, colores, jugos, néctares y asombro, y cada una es distinta. Para el pensamiento no. Para el pensamiento todas coinciden en lo esencial, son constantes e invariables. Alumbrada con la luz invisible del pensar, la flor aparece así: “parte de la planta, en general de formas y colores vistosos y con aroma, en donde están los órganos de reproducción”. Aquello en lo que coinciden las cosas de un mismo género, por diferentes que sean en el ropaje exterior, es lo que se llama idea: lo universal y constante presente en todas ellas. Lo universal, lo constante, lo permanente, la idea constituye la verdad. De esta suerte el pensamiento, esa luz que discrimina la paja de lo esencial, se podría definir como órgano de la verdad. Y con la verdad salimos de la zozobra del tiempo, corriente de obscuridad inclinada a la mudanza, al mar de la eternidad en que el fondo de las cosas, lo constante en todas ellas no se adultera ni cambia. La verdad no tiene ahora, después ni antes. Sencillamente no es temporal. El agua está, como todo, sujeto al vaivén del tiempo. Ahora es líquida, ahora azul, ahora violenta, ahora mansa, ahora dulce, ahora salada, ahora río, ahora mar, ahora nubecilla nómada. Fluye, se transforma, cambia. Pero su verdad redonda, pongamos la que recoge su breve fórmula química, se mantiene invariable, sin movimiento, sin cambio. Alcanzar una verdad, por minúscula que sea, es adentrarse en lo eterno desde la niebla del tiempo. Y eso lo hace el pensamiento. La idea, lo común de muchos, lo constante, la verdad, además de arrebatar jirones de eternidad para llevar a la tierra, y además de liberar, permite usar los recursos de manera universal. Con el bien de la verdad, fecunda como las ubres, el hombre consigue ser fértil *homo superhabilis*. Órgano de la verdad, trampolín hacia lo eterno, fertilidad de la acción: todo eso es el pensamiento. ¿Cómo vamos a extrañarnos de que el hombre, el ser que piensa, sea una sorpresa en un mundo regido por el precepto de la ruina y el ocaso?

Tomemos ahora...qué sé yo. Son tan grandes las sorpresas que depara el ser humano, tan brutal su diferencia con animales y cosas, con la mudez e inconsciencia opresoras de la tierra, que bastará nombrar algunas para notar cuán lejana está su existencia de ella. Suspensión destartalada causa su afán de belleza, ese oficio de entelequia que lo lleva compulsivo a crear mundos fantásticos, como impotentes espejos de miserables destellos, donde no mueran los sueños; y su apetencia de bien o arrestos para abrazar utopías solidarias opuestas al propio interés, como regalar verdor hasta la muerte clorótica por una flor generosa a otra que ya amarillece; y su insobornable vida por los medios y los climas, que hacen de él el ser de mundo no atado a la geografía y le permite habitar valles, desiertos, alturas, la blancura de los polos y el silencio de la luna; y su inquieta desmesura, o voluntad de camino por regiones absolutas, para rebasar los límites persiguiendo lo imposible, como atesorar azules surcando cielos y mares, señorearse del viento para, con el aparejo de arboladura y velamen, timonear una nave, escribir versos perfectos, dominar la misteriosa mecánica del espacio para escudriñar los astros, despertar las emociones con el seísmo del arte o bucear en el alma para conocer el suelo en que la tristeza arraiga; y su poderío de vuelo a altitudes de osadía donde los héroes se forjan con descomunales hechos, y, ay, su gusto de abismo para enfangarse en lo abyecto (de la inmolación del héroe a la trampa del traidor, del altruismo a la tortura, de la amistad a la guerra, de lo infernal a lo santo se extiende el arco de pasmo de lo que es capaz el hombre); y su pecho vulnerable hecho de emoción y angustia para sentir el dolor y temer la muerte augusta de irrevocables clausuras; y, por si acaso fuera poco esta antología de asombros que hace del hombre un extraño en la inmensidad del mundo, su vocación de infinito le llevó a inventar la música, palabra de la belleza que nos alza como templos hasta divinas alturas, para que el mundo escuchara la voz limpia y afinada en que lo eterno retumba, y

sintiera aquí en la tierra ese murmullo de ángeles de las vastas lejanías por cima de las estrellas.

De arriba abajo está el hombre habitado por lo extraño. Su ser trasluce rareza por los cuatro costados. No forma parte del mundo. Si por “extraño” entendemos lo que se aparta de un grupo y no pertenece a él, el hombre no forma parte de la realidad mundana. Si por “extraño” entendemos lo extravagante y lo raro, lo fuera de lo corriente, lo normal y acostumbrado, el hombre es lo peculiar, inusitado y distinto en la uniformidad del orbe. Si por “extraño” entendemos lo inaudito que no cuadra, el hombre es un extranjero que desentona con todo lo que está sobre la tierra. Nada en el mundo recuerda al ser de gestos inútiles, como poner una flor al amigo ya en la tumba, perecer por la verdad, inmolarse por el bien o entregarse a la poesía.

9

Con enjuto laconismo matemático y certero, al modo de un tajo seco que de un golpe tumba el árbol, ha formulado un filósofo de profundidad y cima la idea que he estado exponiendo sobre el fenómeno extraño del hombre en el universo: “Aunque el hombre habita el universo, no es un elemento de él”. Si Pessoa no hubiera estado herido del pesimismo que causa no ser querido, en sus paseos por la barra, al oeste de Lisboa, donde el Tajo suministra unas aguas mesetarias al olvido del océano, no hubiera escrito esta frase como rejón que acuchilla: “Qué tengo que ver yo con la vida”. En vez de esto hubiera dicho: Qué tengo que ver yo con el mundo. Qué tiene que ver el hombre, en cuyo pecho se agitan ideas y sentimientos, con aquella nube errante sin más que vacío por dentro alardeando en la altura. Qué tiene que ver el hombre con el ágrafo animal, con la inexpresiva fiera, sin el bien de la palabra que todo puede nombrar. Qué tiene que ver el hombre, ser de amor y libertad, con la realidad mundana sin albedrío ni pasión.

Siempre se ha pensado así. A lo largo de la historia se ha expresado de mil formas la diferencia entre el hombre y los seres de la tierra. ¡Se han dicho tantas cosas de él! Que es animal racional, que es un portento en peligro, una promesa incumplida, un débil junco que piensa, ser que puede prometer, ser en permanente riesgo, ser sin especializar, entre el ángel y la bestia, animal fabulador, ser abierto al mundo, inquieto animal simbólico, un hedonista impedido, ser moral, fin en sí mismo, social animal político, amante y creador de mitos, *homo ludens*, *homo faber*, *homo patens*, animal menesteroso, el ser de necesidades, ser de exceso y desmesura, mísero mono desnudo, el ser de habitar poético, persona, imagen de Dios...De todas esas maneras se ha querido destacar la extrañeza que produce la singular vida humana, cuya peculiaridad rompe las categorías que usamos para entender el animal y las cosas. Todas ellas le conceden, como a un raro diamante de destello intemporal y extramundanos reflejos, extraordinario valor. Al valor de lo excelente se le llama dignidad. Es un valor no venal que no se tasa en dinero: valor que no tiene precio.

10

Cae la tarde sobre el mar calmo como estatua clásica. La luz blanda de poniente mancha el ocaso de lástima. Olas sin virilidad se exteñían en la rocalla. Sentado en un espigón como rey de un reino azul contemplo el grande espectáculo desposeído de alma. En la radio con que alivio mis fantasías musicales de pronto suena un violín, una viola, un segundo violín y, al fondo, el rauco llorar de un gemidor violoncelo. Es el cuarteto de cuerda en do menor sostenido de un músico venerado. Lid de amor de dulces paces entre la cuerda y el arco. La música prevalece con su invisible presencia lanzando chorros de vida sobre el inerte paisaje. Hasta el mar pide silencio, atenuando el oleaje, para escuchar azulmente el retemblar de la vida a través de la substancia impalpable de la música. Las notas me sobrecogen. Qué diferente este son del sinuoso de las olas. ¿Por qué el concierto del

mar ha enmudecido de pronto? Porque detrás de la música, fecundando hasta lo infinito la pequeña realidad del silencio y el sonido para que rindan prodigios, se oye latir vida digna: la mano del violero con sueños de Stradivarius y la pasión de Beethoven. Manos que hacen violines y pasión por expresar descomunales bellezas no se venden en bazar. Sencillamente son dignas.